

# GEORGES CANGUILHEM SOBRE JEAN CAVAILLÈS

Ana Useros Martín nos proporciona la traducción de dos textos, escritos respectivamente en 1969 y 1974, que fueron publicados formando parte de la introducción a la *Vie et Mort de Jean Cavailles*, de Georges Canguilhem (Allia, París, 1996).

Un grande de la filosofía del XX, Georges Canguilhem, rinde en ellos homenaje a Jean Cavailles: otro grande. Ambos ausentes del erudito panorama de la filosofía académica de nuestro país: cada cual, ciertamente, habla de los suyos... y aquí se lleva mucho alabar a Ortega... y a Heidegger.



Jean Cavailles (1903-1944) fue un filósofo y lógico francés que ejerció la docencia en la École normale, en la universidad de Estrasburgo y en la Sorbona. Durante la Segunda Guerra mundial fue hecho prisionero y se evadió en varias ocasiones, siendo uno de los primeros y más activos fundadores de redes de resistencia. Fue fusilado por los nazis en 1944.

**texto del discurso pronunciado en el homenaje celebrado en el ORTF, France-Culture, el 28 de octubre de 1969**

Contar lo que sé, lo que vi, de Jean Cavailles a partir de nuestro encuentro en la École Normal sería demasiado largo. Hablar más brevemente de ello sería volverlo insignificante.

Así que simplemente hablaré de la idea que me hago de la relación entre su persona y sus acciones en la Resistencia. Insisto en primer lugar en el hecho de que, para Cavailles, la Resistencia fue un imperativo puro y simple, sin mezcla. No fue alguien que respondió a una Llamada porque esperaba una Llamada. No era un fuera de la ley por razones raciales o políticas. Eligió la Resistencia con total libertad de decisión aunque, pensaba él, conforme a una exigencia que le habitaba. Tratemos de entender por qué.

Cavaillès era un filósofo del rigor. Para él la filosofía pertenecía a las matemáticas antes que a la literatura. Pensaba que filosofar era demostrar más que hacer confidencias sobre la propia subjetividad.

Cavaillès era un buen conocedor de la situación alemana en los años treinta. Había vivido en Alemania becado por la fundación Rockefeller. No se le escapaba nada de las causas, las motivaciones o los objetivos del nazismo.

Cavaillès era de origen protestante e hijo de oficial. Cuando era estudiante no compartía las opiniones antimilitaristas y pacifistas de muchos de los que formábamos aquella generación.

Sabido esto se puede comprender que Cavaillès fue Resistente *por lógica*. La deducción es fácil. Y para quien lo conoció no es imaginaria. El nazismo era inaceptable en la medida en que era la negación, más salvaje que sabia, de la universalidad, en la medida en que anunciaba o que buscaba el fin de la filosofía racional. La lucha contra lo *inaceptable* era pues *ineluctable*. Y por lucha no hay que entender susurrar con indignación en los pasillos, vender patriotismo a domicilio, alimentar los buzones con panfletos vengadores. Por lucha hay que entender el combate con las armas en la mano. Y por armas, todas las armas. He aquí un intelectual que, sin estar obligado por su situación personal, en una elección totalmente libre, arriesgando siempre su persona, se hace dirigente de red, jefe de agentes de información, de dinamiteros, de saboteadores. Un jefe ejecutor, un filósofo terrorista: eso fue Cavaillès.

La fachada de profesor de lógica en la Sorbona tras la que al principio disimulaba la única actividad que le importaba no dura mucho. A partir de ahí, la única actividad filosófica de este lógico se ejercerá en la cárcel o en un campo francés de internamiento del que además se evade, para retomar allí donde la dejó la lucha clandestina que le conducirá de nuevo a ser detenido, pero esta vez por los alemanes y esta vez definitivamente.

La lógica es implacable. En la tenacidad de Cavaillès hay algo terrorífico. Es una figura única. Un filósofo matemático cargado de explosivos, un lúcido temerario, un resolutivo sin optimismo. Si esto no es un héroe ¿qué es un héroe?

Hablar de él se acompaña de un cierto sentimiento de vergüenza pues, si le sobrevivimos, es que hicimos menos que él. Pero si no habláramos de él, ¿quién sabrá diferenciar entre ese compromiso sin recámara, entre esa acción sin red de seguridad y la Resistencia de esos intelectuales resistentes que hablan tanto de sí mismos porque sólo ellos pueden hablar de su Resistencia, así de discreta fue?

Actualmente, algunos filósofos lanzan gritos de indignación porque otros filósofos han forjado la idea de una filosofía sin sujeto personal. La obra filosófica de Cavaillès puede invocarse en apoyo de esta idea. Su filosofía matemática no se ha construido en referencia a cualquier sujeto susceptible de ser momentánea y precariamente identificado con Jean Cavaillès. Esta filosofía de la que Jean Cavaillès está radicalmente ausente ha ordenado una forma de acción que ha conducido, por los estrechos caminos de la lógica, hasta ese pasaje del que ya no se vuelve. Jean Cavaillès es la lógica de la resistencia vivida hasta la muerte. Que los filósofos de la existencia y de la persona lo hagan así de bien la próxima vez, si es que pueden.

**texto del discurso pronunciado en el homenaje celebrado en la Sorbonne, en la Sala Cavallès, el 19 de enero de 1974**

¿Por qué treinta años después? ¿Por qué no todos los años, o todos los días?

Han pasado treinta años. Eso nos asegura que muchos de los que vienen a aprender (o a aburrirse) a este aula que lleva el nombre de Jean Cavallès no habían nacido en el momento en el que él perdía la vida. Pero entre los profesores de filosofía de la Universidad de París I algunos tuvieron a Cavallès como maestro, otros como camarada y condiscípulo. Uno de ellos ha tenido la idea de anudar, durante unos instantes, un lazo vivo de evocación entre los que conocieron al hombre y los otros, aquellos para los que el hombre no es más que su obra, ¿qué hay más natural y a la vez más generoso? Así, creo yo, se legitima esta invitación al testimonio en un lugar de enseñanza.

No se me escapa que la conmemoración normalmente favorece un estilo de discurso que soportan mal las mentes entrenadas en cuestionar los títulos con los que la institución universitaria realza el valor de los hombres y las obras de las que se nombra guardiana.

Pero quizá ya sospechéis que, tratándose de Cavallès, el recuerdo simple y desnudo de las razones y las circunstancias de su muerte contiene en sí mismo una justificación, que excluye toda excusa. Deberíamos ocuparnos, más de lo que lo hacemos, de la forma en la que mueren los universitarios que no mueren de enfermedad o vejez. Especialmente los filósofos, para los que parte de su tarea específica es, según los estoicos, aprender a morir.

Los que aún viven, con la edad que tendría Cavallès si esta reunión nuestra dependiera de la ucronía, pueden llevar la cuenta de los que murieron con las armas en la mano, como Maxime David en la Primera Guerra Mundial, como Stéphane Piobetta en la Segunda, y de los que, en los años terribles de la opresión nazi en Europa, pagaron con sus vidas su alistamiento reflexivo en la tropa de los combatientes clandestinos, sin uniforme ni estatuto jurídico. Entre estos últimos, Cavallès, Gosset, Pierre Kaan, Cuzin, Lautman, Feldman, Politzer. Sin duda me olvido de otros.

Como todas las empresas colectivas humanas, la resistencia al ocupante la formaron desinteresados y astutos, activos y charlatanes, héroes y ambiciosos, sin hablar de algunos canallas y traidores. La historia ha retenido algunas figuras ejemplares. Las que han sobrevivido tienen en común, y también de ejemplar, el saber y contar lo que la eficacia de su lucha debía a la cooperación valerosa, paciente, silenciosa, de una multitud de hombres y mujeres que sólo creían cumplir con su deber y que nunca creyeron merecer el entrar en la historia.

Me gustaría intentar mostrar por qué, entre esas figuras ejemplares, la de Cavallès es excepcional. Digámoslo francamente. La oposición intelectual a la ideología nacional socialista, una contrafilosofía altivamente hostil a toda forma de universalidad, se le supone a un filósofo francés, formado entre las dos guerras, en una tradición de racionalismo, revivida a principios del siglo XX por un reforzamiento de la atención sobre las dificultades y las paradojas de la filosofía matemática. Muerto treinta años antes que Cavallès, en 1914, otro filósofo matemático, Louis Couturat había prologado sus investigaciones lógicas, a la manera de Leibniz, con un proyecto de constitución de una lengua universal, instrumento pacífico de cooperación internacional. Ese mismo irenismo empujó a Couturat a reprender con crudeza a Ferdinand Brunetière, el juglar de la «debilidad de la ciencia», por una interpretación extrañamente nacionalista que había hecho del *Proyecto de una paz perpetua* de Emmanuel Kant.

Pero una cosa es anclar en una convicción filosófica la voluntad de conservar la cabeza fría ante un delirio ideológico y otra cosa es arriesgar la cabeza en un combate, inicialmente dudoso, contra un régimen político militarmente vencedor. Retomando una frase célebre, hay una distancia entre las armas de la crítica y la crítica de las armas.

Pero lo propio de Cavallès está en haber logrado (¿diría yo que intuitivamente?) la unidad. Él mismo se declaraba espinosista, antes y durante su combate. ¿No es espinosista el que ha comprendido el corolario según el cual «la voluntad y el entendimiento son una y la misma cosa» y el que ha leído hasta el final el escolio correspondiente: «Esta doctrina es útil a la sociedad vulgar porque enseña la condición por la que los ciudadanos deben ser gobernados y dirigidos, no para ser esclavos, sino para hacer libremente lo mejor»? Espinosista era aquel que, ya en 1931, escribía: «Nosotros somos en todo conducidos». Espinosista el que, tomando sus distancias con los filósofos de la consciencia, encontraba todavía demasiadas alusiones al Cogito en la filosofía de Husserl. Me parece que si no profundizamos en esta cuestión de su espinosismo, en las declaraciones fulgurantes de Cavallès, no se comprenderá el estilo singular de su acción de resistente.

Sobre este punto no puedo disimular mi desacuerdo con un juicio que emite sobre él el libro, por lo demás muy estimable, que Simone Pétrement ha dedicado a *La vida de Simone Weil*.

En el relato de las gestiones que Simone Weil emprendió en Londres, en los últimos momentos de su vida, para ser enviada a Francia, encargada de una misión que se le había ocurrido a ella misma, Simone Pétrement informa de la entrevista que Simone Weil tuvo con Cavallès, entonces de misión en Londres, por la intermediación de Maurice Schumann. Cito: «Él incluso se irritó un poco ante su insistencia. Para él no era una cuestión de vocación particular, pensaba que cada uno debe servir allí donde se le coloca y que no era asunto suyo decidir. Había abolido en sí mismo al intelectual y no quedaba más que el soldado. Él decía de Simone. ‘Es un caso de nobleza excepcional, pero hoy no hay caso que valga’.»

Lo que Simone Pétrement atribuye al espíritu de la disciplina me parece que hay que atribuirlo al rigor filosófico que ha encontrado en una situación, a la vez impuesta y elegida, el espejo en el que muchos filósofos no han tenido ocasión de verse, el del encuentro no premeditado entre su filosofía y la historia del mundo. «No hay caso que valga» no es la frase de un hombre que ha abolido en sí al intelectual, es la frase de un espinosista matemático que concibe la acción bajo un determinado aspecto de universalidad, de no subjetividad, si se puede decir así.

Veo la confirmación de esto en la conducta de Cavallès. Puesto que nunca se consideró a sí mismo un «caso», nunca pensó que, en el reparto de las tareas clandestinas podría «hacer caso» de su persona. Luego no interpretó todos los papeles, porque no se trataba de papeles, pero sí asumió todos los riesgos. Oficial de tiradores al principio de la guerra, se comporta como un pistolero. Prisionero en junio de 1940, no espera la libertad de una liberación, la ilusión en la que muchos se dejaron mecer, creyéndola próxima. Se apropia de su libertad en una evasión casi inmediata. Reconvertido en profesor en Clermont Ferrand, donde se replegó la universidad de Estrasburgo, coordina la resistencia espontánea de los estudiantes alsacianos y de alguno de sus profesores. Dicho sea de paso, la película que con el título *Le Chagrin et la Pitié*, ha intentado dar, centrándose en Clermont Ferrand, una imagen de la vida de los franceses durante la ocupación, ha omitido curiosamente todo lo que concierne a la resistencia de los universitarios.

Cofundador con Emmanuel d’Astier de la Vigerie, del movimiento *Libération*, Cavallès no se limita a la propaganda antinazi y anti Vichy mediante panfletos, boletines y folletos. Enviado a París como profesor suplente en la Sorbona, constantemente amenazado con la detención porque su presencia y su nombre se hacen públicos, se convierte en el hombre de las múltiples identidades, y, bajo una de ellas, funda la red de información y de acción directa, la famosa red *Cohors*. Me parece

superfluo recalcar la diferencia de responsabilidad y de riesgo que existe entre la actividad ideológica de un militante y la actividad de sabotaje militar. En este «Aula Cavallès» no se puede no evocar hoy algunos otros nombres: Carpentier, Marty, Chennevières, Carrière, Hervé, Crillon, y no sigo. Todos esos nombres son los falsos nombres del verdadero Cavallès. Bajo esos nombres se esconden diferentes personajes, el miembro del comité director de *Libération*, el agente de informaciones, el agente de enlace con Londres, el transportista de explosivos, el mecánico vestido con un mono que entra en Lorient, en la base submarina de la Kriegsmarine. Entre los personajes de Cavallès resistente hubo incluso, al principio, un personaje posible (posible pero en modo alguno imaginario), el del *maître* del hotel Crillon, provisto de falsos certificados. En el Crillon, el hotel de Adolf Hitler en sus visitas a París. Es fácil adivinar por qué.

Este fue Cavallès, bajo todas sus caras, entre las que sus amigos retienen la cara que conocieron entre sus veinte y sus treinta años. Un rostro grave pero luminoso, en el que un humor a veces mordaz brillaba como un destello, un rostro expresivo de una mente tan exigente para sí como para los demás. Un rostro que se reencuentra con este aula y al que este aula reencuentra bajo la forma de un retrato que esconde, como las composiciones simbólicas de los pintores del Renacimiento, un secreto: el periódico que Cavallès aprieta bajo el brazo izquierdo contiene los panfletos que se encargaba de transportar.

«No hay caso que valga». Por eso, como he dicho en otra parte, en otra ocasión, Cavallès fue filósofo y terrorista, jefe y ejecutor, profesor en la Sorbona y resistente en la calle Docteur-Roux, prisionero del estado francés en el campo de Saint-Paul d'Eyjeaux donde redactaba su estudio sobre *La lógica y la teoría de la ciencia*.

Detenido por los servicios alemanes de contraespionaje, Cavallès reconoce, en el curso de su interrogatorio, todos los hechos que le conciernen. Justifica su conducta por la muerte de René Parodi, por la tradición familiar (su padre era oficial) y por la vocación filosófica. Hablando con los alemanes se refiere a Kant. Hubiera sido inútil evocar a Spinoza.

Naturalmente hay una buena porción de rutina y automatismo en la relación entre una enseñanza y el lugar en el que ésta se propone y se recibe. No es verosímil que el nombre de Jean Cavallès haya transformado o deba transformar fundamentalmente esta relación en favor de este aula.

Pero no está prohibido pensar que, en el futuro, cuando los alumnos y los camaradas de Cavallès hayan abandonado esta universidad, algunos estudiantes, llevados de la curiosidad por la vida y la muerte de un hombre del que estudiaron la obra, encuentren un ejemplo que los afirme en esas circunstancias en las hay que tomar decisiones drásticas.

«No hay caso que valga». Pero no hay que equivocarse de causa. Esta es, creo, la lección de aquel que los alemanes ejecutaron en Arras, en enero de 1944. Hace ya treinta años.